

III DOMINGO DE CUARESMA "A"

14 y 15 de Marzo de 2020

La parada de camiones cerca de la ciudad de Walcott en el condado de Scott, llamada "Iowa 80", la anuncian como la parada de camiones más grande del mundo. Se ha dicho que cuando se viaja por las autopistas y carreteras 'de paso' en US, esta es la parada en donde están estacionados todos los camiones. Así fue para los abrevaderos cercanos del Este. En un paisaje árido, eran un lugar donde uno podía saciar la sed después de haber estado en el reseco desierto. Jesús se detiene en la '*parada de camiones*' de su época y despidiendo a sus discípulos para que vayan al pueblo cercano y compren provisiones para todos ellos para su viaje. El pozo de Jacob, que se remonta a la época de los patriarcas, era uno de los lugares más populares en Samaria. Era difícil de encontrar algo mejor, tanto por su agua como por su nostalgia. Por costumbre, las mujeres de la ciudad habrían ido bien temprano en el día para obtener el suministro de agua del día para sus hogares, e intercambiar bromas y noticias. Cualquiera persona que se detuviera al mediodía obviamente sería un viajero como Jesús, para tomar una bebida refrescante y luego seguir adelante. Juan nos dice que mientras estaba sentado descansando de su viaje en el pozo, Jesús es encontrado por una mujer del pueblo que ha venido a extraer su cuota diaria de agua. Es obvio que esta mujer es una paria, ya que vino al pozo cuando generalmente no hay nadie más cerca. Los comentaristas modernos de las Escrituras señalan que su inusual situación de matrimonio, a la que Jesús alude en su diálogo con ella, probablemente no se deba a un estilo de vida promiscuo. Más bien era una viuda que se había vuelto a casar varias veces y en cada matrimonio se la encontró estéril y, por lo tanto, según la ley mosaica, se divorciaba de ella el entonces esposo, y ahora iba a buscar agua por su cuenta porque ninguna de las mujeres de la ciudad quería que su mala suerte se les pasara a ellas. Ella es una paria— étnicamente (los samaritanos debido al matrimonio con gentiles no se consideraban judíos "puros" y se los rechazaba cultural y religiosamente), sexualmente (era una mujer en una sociedad patriarcal que no tenía derechos propios), una viuda (en esa época no había una red social de soporte). Aquí vemos a Jesús, el Buen Pastor, yendo a los márgenes para "buscar y salvar a los perdidos" para salvar a alguien que ha experimentado ostracismo, exclusión social y religiosa, y quizás se había convencido a sí misma de que ella estaba consignada a una vida de soledad y sin amor con el mensaje de Jesús "Te amaré" porque "Dios te ama".

El vínculo que une a Jesús y la mujer es su sed mutua. Ambos aparentemente experimentan una sed física, pero en un nivel más profundo ambos tienen sed de algo más grande— la mujer por reconocimiento, valor, dignidad, y ser valorada; Jesús— por relaciones, por fe. Habían barreras entre la mujer y Jesús. Eran extraños entre sí y el miedo que crea un desconocido siempre ha sido cierto. A todos se nos ha enseñado desde la infancia sobre el "peligro del extraño".

A pesar de todo esto, Jesús y la mujer muestran coraje y entablan un diálogo de encuentro. Los encuentros por casualidad o de diseño tienen el poder de cambiarnos y ayudarnos a crecer. A veces estos son un desafío. Cuando otra persona hace una solicitud que es incómoda, nos obliga

a tomar decisiones que preferiríamos evitar. Así es esto aquí. Jesús le ofrece a la mujer "agua que da vida", el agua de la fe y de la relación con él, que a diferencia de las aguas no-frescas que ella ha estado bebiendo en su búsqueda por aceptación, significado y propósito en la vida, solo la ha dejado sedienta una y otra vez. Su deseo la lleva a arriesgarse a profesar la verdad de la identidad de Jesús como el Mesías prometido, renunciando a sus entendimientos y prácticas religiosas anteriores. También ocasiona que ella sea comisionada de ir como discípula y contarle a otros acerca de Jesús con el riesgo de un rechazo. Sí, los encuentros pueden desafiarnos y cambiarnos a nosotros.

Cuando un refugiado o inmigrante pide protección, ¿debemos ofrecer la copa de la compasión aun cuando tal ayuda desafía las barreras de nuestras suposiciones, la política y la cultura?

Cuando escuchamos un discurso antisemita, anti-musulmán o de supremacía blanca racista, ¿estamos dispuestos a confrontar los prejuicios y hablar ofreciendo una copa de dignidad a cada ser humano?

Cuando una persona solitaria nos pide que nos unamos a almorzar o tomar un café, ¿estamos dispuestos a reservar un tiempo, independientemente de nuestra apretada agenda y compartir la taza de compañía con ellos?

Cuando la vida requiere una acción inusual, ¿estamos dispuestos a romper los límites de nuestra propia zona de confort para hacer lo correcto?

Hay mucho en juego cuando solicitamos, o entregamos, esa metafórica taza de agua. Este dar y recibir son más que una taza de agua para calmar la sed; son nuestra fuente de vida, nuestra provisión de la agua viva.

Padre Jim Secora